

LÍQUIDO AMNIÓTICO

Pamela Merrill Silva

LÍQUIDO AMNIÓTICO

**ESDR JULIA**
EDICIONES

{COLECCIÓN DIÁSTOLE}

Primera edición, octubre 2025

©Pamela Merrill Silva, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

© Universidad de Granada, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Esta edición ha sido auspiciada por la Universidad de Granada.

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Pamela Merrill Silva

Maquetación: Noelia Cortés

Impresión: Centro Gráfico Digital

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1329-2025

ISBN: 979-13-990393-9-9

Impreso en España · Printed in Spain

A J por jugar conmigo a la vida.
A JT por jugar conmigo a la muerte.
A mi madre por enseñarme a jugar.
A Sofía y su magia que transformó mi mundo.

Líquido amniótico

Todo libro se cierra sobre una ausencia.

MARÍA NEGRONI, Colección Permanente. 2025

Un día, pequeña, encontré
mi diario rayado
en tinta azul:
marcadas las faltas de
tildes, letras, la s por la c, la b por la v;
Con el apuro de quien es
expuesta a la rotura
de lápiz grafito pasé a uno transparente
¿para qué escribir?

1

Habrà quedado todo con olor a almendras amargas. Las cintas de peligro pegadas en la pared, anudadas al mango de la puerta rosada que sostenía tu cuarto. Que sostenía tus murallas partidas hacía tiempo apenas cubriendo la dermis bajo el cabello negro que te quedaba. Las pisadas de barro marcadas en el suelo que nadie quiso ir a limpiar. El sonido de la sirena del camión alejándose. Los restos de tu hálito putrefacto. No se habla del aliento de un cadáver ahogado por su propia espuma. Me pregunto si habrá sido espuma, si habrán sido tiritones o si habrán sido ojos blancos. Si tu cuerpo se habrá retumbado por dentro, resquebrajado, truncado; o si aquellas son mis fantasías y en realidad tu despedida fue tan calma como me gusta imaginar que oscilan las algas bajo las olas cuando la luna se queda quieta.

Qué sucede con el olor a muerto, cómo se ventila el olor a muerto, quién limpia el olor a muerto. Me lo repetía una y otra vez ese día jueves, el día en que no vi tu cuerpo, vi tus cenizas aparecer en una caja metálica con forma de rombo. Las esquinas puntiagudas lastimaban mis dedos. Nadie te dice que un cuerpo envenenado no va al cementerio sino directo a la morgue. Un cuerpo que requiere manoseo, autopsia,

investigación. Que queden claras las razones de su muerte. Nadie te dice que no es posible despedir a un cuerpo envenenado. Te debes quedar con la última vez que viste su pupila encendida, o sus manos agitándose para echarte, para pedirte que les dejes, y luego, solo las cenizas. No hay interludio. No hay transición del alma hacia algún otro lugar. Significa vivir para siempre con la duda de si cerró sus ojos antes que la brasa menguara y se hiciera cenizas.

Entonces, la caja reflejaba mi mirada desencajada. Mis manos adoloridas sostenían tus sobras calcinadas, pero solo podía ver el reflejo de mi rostro contraído pretendiendo mesura para poder explicarte.

Unos días antes, me habían anunciado a través de un correo que a fin de mes debía migrar a España a transcribir las memorias de Gabriela, una mujer que vivía en alguna ciudad de Andalucía. Tres días después de la noticia, Gaspar pasó a buscar la bolsa con sus últimas cosas. Los calzoncillos, el cepillo de dientes, los papelillos del tabaco, una botella de agua. Eso fue lo que pude reunir y tiré adentro, esperando que la rabia traspasara la tela y le llegara ahí, directo a su pecho calvo, a sus vísceras torcidas que no se habían aguantado informarme que ahora quería a otra. Sostuve la bolsa en mis manos y sostuve mi mirada que ardía frente a la suya, como ardió tu cuerpo el minuto en que te metieron al incinerador. En el minuto en que hicieron de tu casa, hoguera.

Te recuerdo sin dientes, sentado en el borde del sofá, en esa pieza inventada que era pasillo. Te recuerdo antes, cuando conservabas la mueca de tu sonrisa. Me acompañabas, me mirabas jugar, me hacías bailar mientras tarareaba *Axé Bahía*, me traías otros juguetes, unas cajas, pequeños secretos, me escribías cindy lauper en un papel para que la buscara

luego en el computador y traspasara sus canciones al CD que escucharíamos luego. Me pedías que te cantara esas canciones gringas que buscarías luego, desesperado, persiguiendo la libertad en el norte del continente. Pero te encontrarías luego con los huecos en tu boca, con tus dientes arrancados, con los ojos caídos y la pata chueca y en mi se empezaría a acomodar la idea del misterio irresoluble. Ahí en esa tierra en donde habías fracasado.

De noche, a tu vuelta, me gustaba husmear el silencio. Me acercaba a las puertas para escucharte. Y hablaban de ti. La limusina, el alcohol, el accidente, la decepción. Las drogas, la plata, el pasaje, el médico. La comida, la habitación, la respiración. El misterio de tu regreso me era insoportable. Me la pasaba, entonces, espíandote con mi cámara de cassette para guardarte, para encontrar alguna pista. Eras un fenómeno. Una puerta abierta a lo no dicho. Y al mismo tiempo podía preguntarte lo que quisiera. Me tratabas como si yo no importara, como si fuese un estorbo. Me sentí adulta por primera vez a tu lado porque no transformaste tu lenguaje para hablarme. Y yo te grababa y tú te enfurecías. No querías que te guardara o quizás la idea de que yo conservara los restos de tu cuerpo, te aterraba. Pero yo aún no comprendía ese miedo. Hacía zoom a tus labios, al hoyo negro de tu boca, a tus ojos grandes que crecían cuando te apuntaba, a tus cejas despeinadas con algunos, pocos, cabellos sueltos, a tus dedos ya sin uñas, a tus costillas huesudas. ¿Habrás dejado el olor a almendras que tanto decían que expelía un cuerpo muerto atravesado por veneno?

Y te quedaste ahí, en ese hueco católico, tus restos en mis manos, dentro de ese rombo metálico que brillaba y que tomé y acerqué a mi pecho para dejar de ver mi piel